

temprana y hallarse el atrio en sombra, ante el espectáculo bizarro de las cubiertas del *Salvador*, sólo sentimós el malestar producido por la reverberación de los rayos solares.



AYAMONTE.—SAN SALVADOR.

No sin esfuerzo llegamos á la iglesia parroquial, cuya portada, abierta en el costado de la epístola, es obra si no superior ni mucho menos, no tampoco despreciable del Renacimiento: conformándose con los patrones generalmente aceptados por este bello estilo, que reemplaza al ojival no con grandes ventajas, — la portada referida, labrada en piedra rojiza, consta de un arco de medio punto cuyas enjutas decoran sendos medallones en los que destacan las cabezas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; flanqueada por apilastradas columnillas, sobre ellas se tiende el moldurado y característico cornisón, coronado al medio por dos contrapostas que fingen soportar el mundo colocado entre ambas, y á los extremos por sus flameros correspondientes de resalto. Tiene esta puerta bonito llamador de hierro forjado que pertenece al siglo xvi como la portada, traspuesta la cual, aparece el templo, compuesto de tres naves paralelas de arcos apuntados, en los que se guarda la memoria de la tradición

mudejár, que resplandece en el artesonado de la techumbre, de alfarge, y vulgar en las iglesias de esta provincia. Cuenta con no exiguo número de retablos barrocos dorados, y la capilla mayor, reformada al parecer en el siglo xvii, como todo el templo, ostenta lleno de dorados, y no del mejor gusto é inferior por tanto á los demás, el retablo mayor, asegurándose que hay en esta parroquia cuadros de Pedro de Compañía.

mudejár, que resplandece en el artesonado de la techumbre, de alfarge, y vulgar en las iglesias de esta provincia. Cuenta con no exiguo número de retablos barrocos dorados, y la capilla mayor, reformada al parecer en el siglo xvii, como todo el templo, ostenta lleno de dorados, y no del mejor gusto é inferior por tanto á los demás, el retablo mayor, asegurándose que hay en esta parroquia cuadros de Pedro de Compañía.



AYAMONTE.—RUINAS DEL CASTILLO.

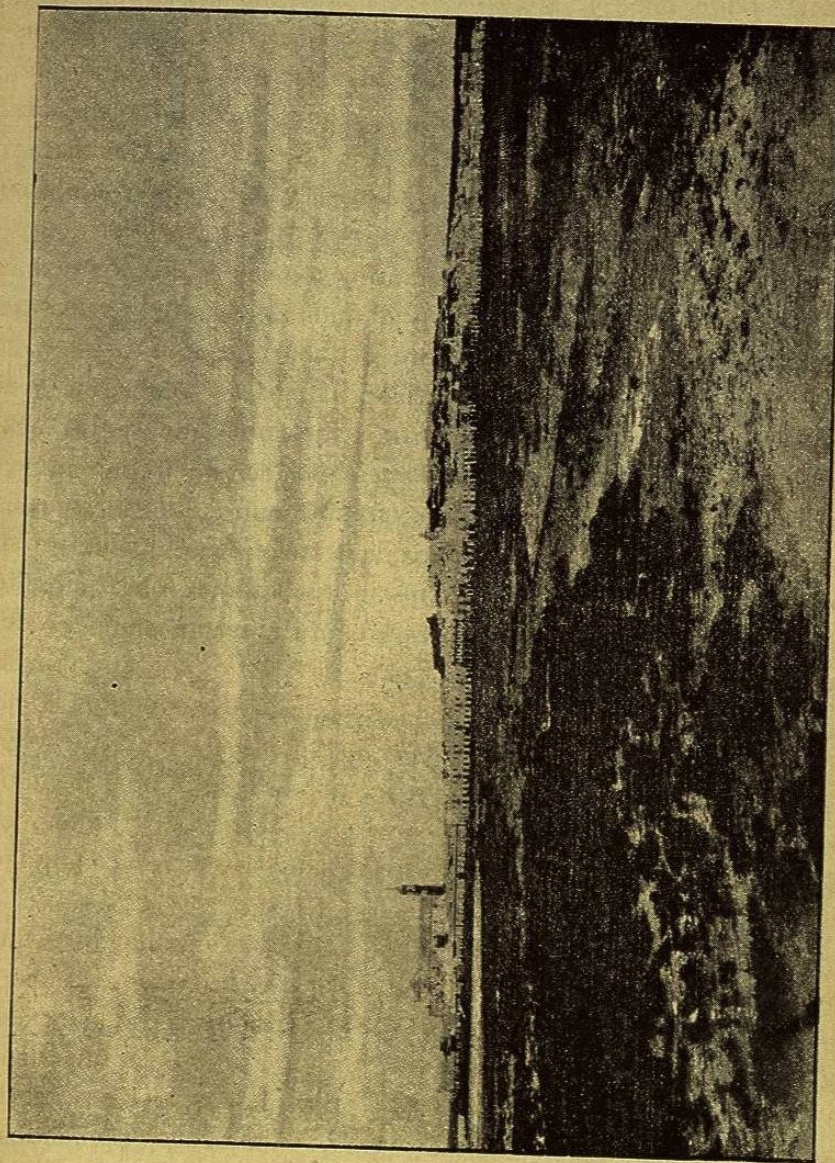
A no larga distancia, y en una eminencia para llegar á la cual se hace preciso cruzar trabajosamente tierras labrantías, aparecen los deformados restos del castillo, montón informe de frogones sin carácter, que únicamente visitamos por respeto á la significación que tuvo, y que corona el *amarillo jaramago*. Un torreón desmochado, en cuya cima se levanta el fuste marmóreo de una columna, colocado allí para conmemorar acaso algún hecho particular y desconocido, — convida á trepar por entre aquellas ruinas, sólo para contemplar desde ellas el hermoso panorama que se despliega risueño á la vista: y con efecto, desde aquella



elevada altura, mírase á un lado, semejante á ancha cinta de plata, donde baña el sol sus rayos, el hermoso Anas, surcado por multitud de embarcaciones, y á cuya opuesta orilla, se distingue perfectamente la lusitana Castromarín ó Castromarinho, como dicen los portugueses, cuya fortaleza, en pie y cuidada, contrasta por notable modo con la destruída de Ayamonte; á otro lado, tendida á los pies de la colina, la ciudad de los Guzmanes, que dió título al marquesado, y por los restantes, las extensas masas arbóreas de pinares que, entrecortadas por tierras llanas y cultivadas, se extienden hasta perderse en el horizonte en dirección á Lepe y á Sanlúcar del Guadiana.

Emblema del carácter de ambos pueblos, el portugués y el español, aquellas fortalezas, la una, la española, convertida desde la guerra de la Independencia en mísero despojo inútil, revela el descuido, la indolencia, la confianza en sí propio, que es peculiar á los españoles; la otra, conservada, viva, revela por su parte, cuán grandes fueron siempre y son y serán los recelos de los lusitanos para con nosotros, no pareciendo sino que, herederos del carácter nacional, aquel que favoreció por su apartamiento las invasiones y las conquistas de tantos pueblos como señorearon la Península, — los portugueses tratan de vivir siempre prevenidos, temerosos de quienes sólo por el amor y por la comunidad de intereses, de historia, de tradiciones y de costumbres, procuran reconstituir la gran nacionalidad ibérica.

No existen con verdad en Ayamonte otros monumentos que sean merecedores de atención; y mientras nos disponíamos á proseguir la expedición comenzada, recorriamos el interior alegre de la ciudad, agradablemente sorprendidos por la animación y por la vida que respira, haciendo votos por la prosperidad de aquella población interesante, y porque el acaso, poniéndose solícito á las órdenes de las investigaciones históricas, pueda descubrir en nuestros días el nombre con que, tomándolo de los fenicios, fué designada por los romanos y por los visigodos,



HUELVA

AYAMONTE.—VISTA GENERAL DESDE TIERRA



sacando á luz los arcanos que guarda avara en su seno la madre tierra, sino es que en algunos de aquellos cataclismos en que el Océano invade aunque raramente la ciudad, han desaparecido para siempre, ocultos en el fondo de los mares.

Cuán hermoso era su aspecto, cuando, poco después de la una de la tarde, y desde las duras banquetas del *breack* que hace diariamente el servicio de Ayamonte á Gibrleón, — pudimos al siguiente día contemplar en su conjunto la antigua villa de los Guzmanes, con su blanco y apretado caserío que se dilata hasta la misma orilla del mar, «granjas y quintas de recreo, con la consabida palmera descollando sobre la bien encalada tapia, y el copudo naranjo secular ó la oriental higuera, sombreando el cenador embadurnado de azul ó rojo», descubriendo «en el horizonte torres» y amontonados edificios, «y la silueta de un descalabrado castillo;... y por último, como fondo del cuadro, una larguísima estría de líquido zafiro, aspecto de una ancha ría en lontananza, y la costa del Algarbe al otro lado, con los pueblecillos fronterizos asomados con coquetería entre arboledas á la margen derecha del Guadiana» (1).

(1) MADRAZO, *De Jabugo á Ayamonte*, art. publicado en *La Ilustración artística* de 29 de Octubre de 1888.



## CAPÍTULO XX

De Huelva á Almonastér la Real. — Calañas. — El Cerro. Almonastér la Real. — Cortegana. — La iglesia parroquial del Salvador. — Su púlpito

CAÍÁ la tarde, tranquila y reposada, cuando el incómodo *breack*, en que habíamos hecho el camino de regreso desde Ayamonte, se detenía por fin y para alivio y descanso de nuestro asendereado cuerpo, delante del edificio de la estación del ferro-carril en la antigua villa señorial de los duques de Béjar, cuyas calles cruzamos pocos momentos antes de que el tren que debía conducirnos á Huelva hubiese aparecido. Y mientras esperábamos este momento ansiado, moviendo las doloridas piernas por el solitario andén, — acudían á nuestra memoria, confusos y vagos, los recuerdos de las poblaciones que dejábamos visitadas, y sobre todo los de Ayamonte, doliéndonos amargamente del olvido y del abandono á que parecen condenados los restos monumentales aún á dicha en ella existentes, y que con ser tan escasos, encierran páginas de grande enseñanza y de inte-